

# EL PORTEÑO

COOPERATIVA

**UBALDINI:**

"Soy un marido  
de invierno"

El caso  
del gurú asesino

El Ciudadano  
de Angeloz

San Pablo

Río Turbio

Bono

Pynchon

Scorsese



*En algún lugar de los '90*  
**El Señor Presidente**

DAVID VIÑAS: PALACIOS MODELO '89

## CAMBIO DE SEXO

# ¿SOY MUJER?

**Existen. De hecho, nadie los ignora y todos los consideran. La policía: infractores al artículo 92. La sociología: marginados de la marginalidad. La psicología: tema para especular en los ratos libres. Los cirujanos chilenos: buen mercado. La hipocresía porteña: residuo del cinturón ecológico. La prensa: relleno para la crónica roja. Los presidarios: ilusión de buena calidad. Los sabios de la calle: carne para la morgue. Los clientes: objetos sexuales no identificados. La familia: un problema irresoluble. Los pajeros: un ardiente hálito de curiosidad. La justicia: simplemente hombres. Ellas, por fin, se consideran mujeres... ¿serán?**

Por José Amorín y Silvia Soce



### UNO) CONTRAMANO: UN LUGAR CON LÍMITES

Rodríguez Peña y Santa Fe, medianoche y un lugar subterráneo para el encuentro de quienes carecen de lugar.

—Marginados —me dije.

—No por su voluntad — me dijeron más tarde.

Otra discoteca, como cualquiera y tantas pero sin mujeres, si se me exceptúa, minifalda incluida. Grave frustración: yo vine por travestis, si operados mejor.

—Mal encaminada, hermana: aquí los travestis no entran —dice el gerente. Y aclara que Contramano es una discoteca para homosexuales: hombres a los que les

gusta ser hombres y hacer el amor con hombres. ¿Existe algo más ridículo que un fulano de metro ochenta levantándose la minifalda para sacudirsela frente a un paredón?

Algo no funciona. Yo siempre pensé que los travestis eran homosexuales vestidos de mujer. Digamos, la misma menesunda pero un poco más.

—Los travestis se sienten mujeres, y nosotros curtimos lo masculino: si no me excitan las tetas de una mujer ¿porqué habrían de excitarme las siliconas de un travesti? —precisa un morocho de bigotes que exuda masculinidad por todos los poros. Qué desperdicio: me sangro el labio, y escucho. Los héteros excluyen a los gay. Y los gay marginan a los travestis. Una

cuestión de clases, ¿viste?

A un costado de la barra, son varios los que se han sumado a nuestra conversación. Y todos quieren aportar. Argumentos diferentes pero algo en común, inquestionable: el tema de los travestis los saca de quicio.

Un dirigente de la Comunidad Argentina Homosexual (CHA) impone su militancia y se manda treinta siglos para atrás.

—Acordate de los griegos, eran una cultura homosexual: el homosexualismo era la cultura dominante. Nosotros los heredamos, pero hoy por hoy somos minoría en esta sociedad; una subcultura, entonces, tan respetable como la de los indios o la de los hippies hace unos años...

Absorbo argumentos en cascada: razonables todos, pero no vienen al caso. Ellos, mis respetos, no son el tema. Lo aclaro: de los travestis quiero saber. De acuerdo, preguntá nomás. Pregunto entonces, y ellos dan su respuesta. Parcializada, tal vez. En todo caso, y como todos, desde su lugar.

Los gay son una subcultura de la vida. Los travestis, un proyecto de muerte.

—Andate a *Crónica* y mirá las policiales del año pasado. Sólo en la Panamericana murieron más de cuarenta travestis. Y compará esa cifra con la de las putas: después de todo, tienen en común el oficio y el lugar. Ser puta es un oficio riesgoso, pero atropelladas en la Panamericana no vas a encontrar ni dos.

—A nosotros nos dicen "putos". Pero aquí no vas a encontrar a nadie que trafique con su cuerpo. Si sacás algún *taxi boy* producto de la miseria... el resto, los homosexuales, nos encontramos para hacer el amor. En cambio, los travestis... raro que encontrés una que no oficie de puta; cada una en su nivel, claro: yiros en la Panamericana, o gatas después de la función.

—No, ni siquiera putas: apenas parodia de putas son...

Insisto, más por oficio que por cualquier otra razón, respecto de su intolerancia para con los travestis: ¿marginales de la marginalidad?

—No es por eso, hermana —dice el morocho que me hizo suspirar, triste la voz— llevamos años de luchar para que nos respeten; y ellas escandalizan al pedo, más que las lesbianas si querés.

—Exacto —el gerente reafirma la opinión del morocho— travestis y lesbianas se llevan bien; ¿por qué no vas a Confusión?

---

#### DOS) CONFUSION: ¿UN LUGAR SIN LIMITES?

---

A Confusión por favor: un salón bien iluminado, una salita donde está la barra del bar, y una escalera oscura, escondida, tan oscura y escondida que no hace falta

## "PONGALE RENE": EL OFICIO DE LA FATALIDAD

Victor Durán, uno de los médicos del Hospital de Pediatría que se ocupa de la cirugía sexual infantil, cuenta que el primer drama ocurre a los pocos minutos del nacimiento.

—¿Tiene pensado algún nombre para la criatura? —pregunta Durán.

—Y, depende: si es hombre Felipe como el abuelo —responde el padre y, esperanzado, agrega: "¿es varón, doctor?"

Pero Durán, que ya tiene cierta cancha en el tema, gambetea la requisitoria, esboza una sonrisa profesional y contraataca: "¿qué tal si por ahora le ponen René?"

Tal sutileza es el primer paso de un titameo que para las criaturas nacidas con "genitales ambiguos" será quizás de nunca acabar. Los chicos operados en el país no han llegado todavía a la adolescencia, edad en que se practica la vaginoplastia que los transformarán definitivamente en mujeres. ¿Definitivamente? Tal vez. ¿Quién lo puede asegurar? Durán no. Ni Bailez o Perli, sus socios en este traumático oficio del bisturi.

En realidad, para ellos la pregunta no tiene mucho sentido. Precisamente porque son realistas: la naturaleza dispone, y ellos obedecen. Así de simple.

—Se trata de chicos —dicen— que nacen con gruesas malformaciones genitales y urinarias: carecen de vejiga, la uretra desemboca en cualquier lado, o todo es una gran cloaca en la que vejiga y recto no se diferencian; los testículos, si existen, son rudimentarios y el pito una cosita irrelevante. ¿Qué vas a hacer con ellos? Lo posible para que puedan mear y cagar como gente normal, para que sobrevivan. Recién después pensás en lo sexual.

Y entonces, también la realidad se impone: por más cromosomas masculinos que tenga la criatura, sólo la mano de Dios podría crear un pito donde no lo hay. Por ahora la mano del hombre sólo da para fabricar una vagina. Además, la conducta sexual de cualquier persona depende en gran medida del ambiente en el cual se cría: si es educada como una niña, muy probablemente su sexualidad adulta será la de una mujer.

—Lo mío es la cirugía infantil: no hago plástica ni soy psicólogo —aclaró Durán: varios años en Costa de Marfil, único cirujano de un hospital de cien camas, le "formaron la mano" para todo; y le dieron cierto temple, el suficiente, al menos, como para despojarse de prejuicios innecesarios. "No soy Dios", agrega, "aunque a veces me veo obligado a proceder como si lo fuera".

Sucede que cuando nace un niño con malformaciones genitales ("alteraciones de disfunción sexual", encarajina Perli), un equipo multidisciplinario (genetista, endocrinólogo, psicólogo, etc.) lo estudia a fondo y, de acuerdo con los padres, define su sexo potencial.

—Sin embargo, de última es el cirujano quien toma la decisión sobre la base del material que tiene para trabajar; y como ya te dije —dice Durán— por ahora la mano del hombre sólo da para fabricar vaginas.

Con la ayuda de un pedacito de intestino. El acuerdo del equipo multidisciplinario. La aprobación de los padres. Y el permiso del juez: fundamental en la Argentina. □

J.A.

# TODO LO QUE USTED QUERIA SABER Y NO SE ANIMABA A PREGUNTAR

**E**n Buenos Aires obtener información sobre el cambio de sexo constituye una tarea, por lo menos, compleja. Un par de cirujanos plásticos, cuando telefónicamente les pedimos una cita, se limitaron, simplemente, a preguntar: "¿pagan la entrevista?".

En otros lugares, tres clínicas de la especialidad, para ser precisos, nos recibieron amablemente. Sin embargo, cuando planteamos el tema, se lavaron olímpicamente las manos: lo sentimos mucho, pero la cirugía para el cambio de sexo no existe en la Argentina. Y, por supuesto, ninguna de las clínicas atiende a travestis por ningún motivo. Tienen sus razones. Tal vez la más importante es de índole económica: los travestis espantan a la clientela habitual. Además, dicen, son pacientes conflictivos, difíciles de tratar, generalmente en mal estado de salud y, como si esto fuera poco, está el riesgo del SIDA. De todos los cirujanos entrevistados, sólo uno, ecuatoriano, muy ligeramente se dio por enterado. En el hospital, le tocó atender a tres travestis a quienes, clandestinamente, les fueron inyectadas siliconas industriales: un peligro: primero porque las siliconas no se inyectan; y segundo porque las siliconas industriales, con el tiempo, se trasladan de una zona corporal a otra. el autor está más o menos individualizado: no es médico sino otro travesti que cobra 3.000 australes la aplicación y se traslada de consultorio a mayor velocidad que las siliconas que inyecta. Fue el médico ecuatoriano también quien nos orientó hacia el Congreso de Mastología realizado el 20 de octubre en el Sheraton. Allí, por fin, se prestó a conversar con nosotros un cirujano chileno: el Dr. Nelson Díaz Uribe. La información que aquí sintetizamos es la que él nos proporcionó.

La ciencia da para todo: ponemos donde no hay, quitamos lo que sobra, y agrandamos o achicamos de acuerdo con las necesidades del paciente. Los travestis acuden a nosotros para que los transformemos en las diosas que siempre soñaron ser: prótesis de silástico para mamas, caderas, glúteos, pómulos y también, si quieren, luego de una adecuada preparación psicológica, la vaginoplastia. Esta última, en Chile se hace a un costo muy bajo: 4.500 dólares. No se trata, como podría pensarse, de la simple mutilación del pene. De hecho, se conserva el glande y sus terminaciones nerviosas, transformándolo en un pseudo-clitoris, pero que funciona como tal. Los testículos son vaciados y con la piel del escroto se fabrican los labios mayores y las paredes de la vagina. La apariencia es similar a la de una vagina real y, lo más importante según Uribe, se mantiene como zona erógena. El operado experimenta placer: las terminaciones nerviosas se han conservado. En cuanto a las prótesis mamarias, se implantan en la misma forma que se hace con cualquier mujer que desea agrandar sus pechos: una operación sencilla y sin complicaciones.

Al despedirse, El Dr. Uribe nos pide un favor: "Aclaren lo siguiente: nosotros no fabricamos eunucos sino mujeres; no menstruarán ni procrearán pero, al fin y al cabo, son tan mujeres como las demás". □

J.A.

el cartelito de prohibido pasar.

Acodadas sobre una mesita un par de mujeres se murmuran confidencias. Por aquí y por allá varios travestis derrochan seducción en beneficio de la clientela: de todo: jovencitos y cincuentones, cómodos, tranquilos, conocedores del lugar.

—Qué lindo estás hoy, papito: ¿me pagas una copa? —lentejuelas, tacos altos, siliconas, toneladas de revlon.

—¿Qué tomás? —ronronea la mina que atiende la barra. Pobre José y su ego maltrecho, me digo: Ronrón lo declara inexistente y me fulmina con una mirada de gato hambriento: todo un seductor... uff, me sangro el labio. No pasa nada, socio: para mí un whisky y para el inútil



un fernet.

Ronrón escamotea el fernet, pero el whisky es tan grande que, si lo termino, quién sabe dónde iré a terminar: "por los floridos brazos de esta noche primaveral", brindo y me animo con un buen trago.

—Porque sean felices todas tus primaveras —en un brindis imaginario levanta su mano Ronrón. Lo cual aprovecho, seductora sonrisa mediante, para pasar el aviso.

—Quería entrevistar a los travestis —la tanteo. Pero la diplomacia no es mi especialidad: el gato esconde los colmillos y desvía el hambre para otro lugar.

—Tenés que pedirle permiso al dueño —dice Ronrón, vestigios de ronroneo en su voz. "De aquí nos sacan cagando", di-

## SERVICIOS

ce el socio, medio sobrador ahora por encima del fernet. Pero yo soy mujer. Y me mando sobre un petiso camisa verde selva y cara de barra brava en decadencia. **El Porteño, ¿vio?**

—No quiero periodistas, y no te autorizo ni te presento a las chicas. Ustedes ya me trajeron muchos problemas...

—No, nosotros somos...

—Siempre los mismos: problemas. Escuchame, nena: aquí viene gente importante, amigos y amigas, y yo no los puedo quemar —sin dignarse siquiera a mirarme grazna el hacedor de noches clandestinas... engendro de rufián.

Mientras pague mi consumición y no moleste a la clientela —al menos en esto transige el engendro verde— soy dueña de hacer lo que se me de la gana.

“Por ejemplo, ir al baño”, pienso y me mando al toilette detrás de una de las chicas.

Alta y platinada, frente al espejo se arregla el pelo.

—¿Estoy bien peinada? Nunca sé cómo arreglarlo: afuera hay dos chicos preciosos, y quiero que me vean bien —dice, y desde el espejo me guiña un ojo.

—Estás inmejorable —empiezo bien, socio. Pero me gana la ansiedad, disculpame, y largo el aviso equivocado: “trabajo para una revista y quisiera...”

—Ay, no querida: yo nunca leo revistas. ¿Dónde compraste ese bolso? ¡Es divino! —me domina con la estatura, toquetea el bolso.

—Yo sólo quisiera... —intentó insistir. Pero ella está muy ocupada, no molesta a nadie, hace feliz a quien busca su compañía y, fijate qué desgracia: se me corrió la media, ay los chicos, los tengo abandonados, dice y me deja pagando. Estoy vencida frente al espejo y vencida a la barra vuelvo.

El socio no hace comentarios, pero me mira más sobrador que nunca. Simplemente dice: “te espero en la puerta”.

Resignada, termino mi copa y pido la cuenta. Ojitos de nuevo hambrientos, Ronrón me la pone en la mano y, mientras pago, ronronea:

—Esas nunca te van a hacer caso; pero vos llámame, y yo te voy a presentar a Dora —prometedora susurra Ronrón.

En el dorso de la cuenta, garrapateado a los apurones, hay un nombre y un teléfono.

(Dora es una mujer chiquita, no más de metro y medio, menuda, rubia, nerviosa, treintañera, ejecutiva de una mediana empresa, lesbiana y casada. Con Marcela, un(a) transexual de veinticinco años, escultural, bailarina en ascenso, aspiraciones de vedette. Discreción garantizada, ambas acceden a la entrevista: consideran que su historia es digna de ser contada. Nosotros también: lesbiana casada con travesti no es yunta frecuente de encontrar. Dora no es el tema. Pero la curiosidad es grande y se impone una respuesta: Dora no puede hablar en nombre

de todas las lesbianas porque, tal como sucede con el resto de la gente, no hay dos iguales ni se vale comparar. En lo que a ella respecta, nunca le tuvo rechazo al pito: al contrario, en sus relaciones con otras mujeres pocas veces faltó un vibrador. No, con el pito no hay problema. Es al dueño del pito a quien ella no puede soportar. A los hombres, para hablar con propiedad. Tal vez por eso, su encuentro con Marcela, hace seis años, resultó providencial. Porque Marcela, quien en aquella época se vestía de mujer sólo para trabajar, de hombre sólo poseía la envoltura: por dentro era total, absoluta y definitivamente mujer. Por su parte, Marcela, aún con ciertas contradicciones, pensaba igual. De hecho, y desde que ella tiene memoria, para Marcela ser mujer era lo más cercano a la alegría de vivir.)

## TRES) SER MUJER: LA ALEGRÍA DE VIVIR

Ser mujer era la alegría en la vida. Desde que tengo memoria era la alegría en la vida. Me ponía las cosas de mi hermana y me miraba en el espejo, horas. Hasta que mi mamá se lo contó al viejo y vino la primera paliza. Muchas. Yo sabía que no tenía que hacerlo, y me escondía. Pero me copaba, y me descubrían... palizas, de mi viejo sólo recuerdo palizas. Lo demás era lindo. Y ahora soy linda. Mirame: ¿no soy linda? Tocame: ¿no es linda mi piel? De mujer, sedosa, los hombres me lo dicen. ¿Me olés? Los hombres huelen distinto. Por el olor me di cuenta de que me gustaban los hombres. En el colegio. Los olía y me volvía loca. La primera vez fue a los catorce años, con un compañero: le escribí una cartita de amor, estábamos preparando una prueba y le escribí la cartita y... no te imaginás el miedo que teníamos de que alguien entrara en su cuarto. Pero igual lo hicimos; las ganas eran más fuertes. Y ¿sabés?, ahí me di cuenta de que ser mujer era la alegría de la vida. Pero no era: el espejo... sólo era mujer cuando estaba con algún chico, entonces sí. Y ya no pude contenerme... imaginate: a los quince mi mamá me mandó a Buenos Aires a casa de una tía; la pobre ¿qué otra cosa podía hacer? Pero para mí fue la gloria. Empecé a tomar clases de danza y canto. Era buena. Soy. Y linda. Mirame: ¿no soy linda? Para mí trabajar fue fácil. Y sí: me vestía de mujer, pero sólo para trabajar. Bolicheaba mucho: la noche es mi lugar ¿sabés? Y tenía amantes, los que quería: soy muy enamoradiza, no lo puedo evitar. Pero siempre me faltaba algo: la alegría en la vida... hasta que conocí a Dora... otra mujer, sí: ¿te reís? A veces yo también. Pero es así: ella fue el único amor de mi vida. ¿Y sabés por qué? Porque ella me vio por dentro, vio mi fragilidad y mi suavidad, me vio mujer. Y se enamoró. Y me hizo mujer. ¿Y qué mu-

jer no se enamora de quien la hace mujer?... Dora me llevó de la mano, de a poquito y suavemente, como sólo las mujeres sabemos. Me dibujó. Un cirujano me operó, pero ella me dibujó: la nariz, los pómulos, los ojos, las lolas, las caderas... esta mujer que soy, la hizo ella. Nuestro hijo crecía en su panza, y yo crecía como mujer. También en el amor. Los hombres me gustan muchísimo, más que nada. Pero son fuertes, violentos. Y yo era un poco así. Pero con Dora, en la cama me hice del todo mujer. Cuando nos separamos, apenas un detalle me impedía tener la completa alegría en la vida. ¿Te imaginás cuál, no? Una gira por España, Marruecos... y dos semanas de un dolor insoportable. Pero cuando me miré en el espejo, desnuda, entera, ay, lloré: era la alegría de vivir... no, no sentí que hubiera perdido nada, no, no... tenía lo mío, ahora lo tenía adentro... al principio fue fantástico. No es que me sintiera mejor por adelante, no: sentía sí, pero vos sabés, el placer de una está casi todo en la cabeza. Y me volvía loca. Y loca del todo cuando me miraba en el espejo: la alegría en la vida, vivir... De Barcelona pasé a Milán, seis meses estuve en Milán: una reina, pedían que me quedara. Pero yo extrañaba muchísimo a mi hijo... volví ¿sabés? Y fue el reencuentro, con Dora y con el nene. Al nene le dijimos que soy la tía, la hermana de Dora. Hasta la sirvienta lo cree. Qué divertido: Dora mi hermana... imaginate: mi hermana verdadera se casó con un militar; y Dora... se puso tan contenta cuando regresé: no se cansaba de mirarme, nos poníamos frente al espejo y me miraba, me tocaba toda, así, como solamente ella sabe... es muy gracioso: yo mido unosetentaicinco, y vos a Dora la viste: ella es chiquitita. Cuando se arrodilla entre mis piernas, su cabeza me cabe justo aquí... le encanta, se pasa horas... y a mí también aunque, no sé, ahora yo aquí... vos sabés: las mujeres todas tenemos algo de gata Flora, siempre hay algo que nos falta... qué digo, ideas locas: ¿no me ves linda? Soy mujer. Siempre quise: ser mujer era la alegría en la vida ¿sabés?... □

**USTED TIENE DERECHO A SU ASISTENCIA PSICOLOGICA\***  
**ASISTENCIA PSICOLOGICA INTEGRAL**  
 niños • adolescentes • adultos  
 psiquiatría • psicopedagogía  
 tratamientos individuales y grupales  
 \*Honorarios institucionales  
**INFORMES: 71-9941 46-6015**